

Primera parte: La trainera azul

–¡Planicio! –gritó profundamente el Gallego y con intervalos repitió dos veces más la llamada.

Usaba un tono grave para llamar a su hijo porque tenía comprobado que así el sonido llegaba mejor que agudizando. De todos modos, era desagradable que el zapatero del sobreático llamase a gritos a su hijo, que jugaba a la pelota sobre los guijarros del Paseo de Iztueta, a espaldas de su casa de la calle de Miracruz, 10-B, en San Sebastián, que era una calle distinguida y la casa también, pero con diferente intensidad según situación en planta. En el piso primero había una corsetería que se anunciaba en la puerta indicando a las señoras la conveniencia de usar sostenes a medida, para realzar.

Cuando subían la escalera a pie, y pasaban delante del anuncio, el Gallego se lamentaba con su hijo.

–¡Cuánto engaño, Planicio!

Planicio no le entendía muy bien, aunque el padre le aclaraba:

–Cuánto engaño en la mujer. Ya irás conociendo.

Aunque era gallego, el acento lo tenía vasco porque sus padres lo trajeron de Galicia el 1909, cuando tenía cuatro años, pero todavía en 1942 le seguían llamando el Gallego porque casi toda su vida la vivió en el barrio de Trincherpe –el de los gallegos– del Puerto de Pasajes. Era escéptico y le traía sin cuidado esta discriminación, aunque en los juegos era costumbre gritar cuando corrían: «¡Gallego el último!» Como no había cuidado de que fuera el último, rectificaba en plena carrera: «¡Maricón el último!» Y los pasaitarras tenían que aguantarse porque también esta variante estaba admitida.

Al Gallego tenían que aguantarle mucho porque jugaba a la pelota divinamente, y eso contaba. Era escéptico y cínico y cuando los hijos de los pescadores gallegos, de Trincherpe, sostenían una pedrea con los vascongados de Pasajes de San Pedro, él se quedaba al margen porque le parecía un asunto sin interés. Si se lo reprochaban sus paisanos, decía:

—¿Por qué pelearse? ¿No somos, acaso, hijos todos de un mismo Dios?

Pero cuando se jugaba los cuartos en un partido de pelota y le discutían un tanto, se olvidaba de su filiación divina y se partía el alma con el que fuera.

En 1930 Pasajes de San Pedro decidió sacar trainera para las regatas de septiembre, de la Concha, y tuvieron que recurrir al Gallego, porque medía 1,85, pesaba noventa kilos y si quería podía romper el remo, golpeando plano contra la ola cuando iban hacia la «barra». Aceptó porqué los entrenamientos duraron un mes y durante ese tiempo no tenía que salir a pescar, y sin embargo el armador le seguía pagando los jornales como a los demás. Entonces no se había inventado lo de la gimnasia para los remeros y lo único que tenían que hacer era remar dos horas cada tarde, cualquiera que fuese el estado de la mar, y comer bien. Concretamente, les daban chuletas de a kilo, que con un poco de chacolí se tomaban fácilmente. También se comprometían a ser decentes en el asunto de las mujeres porque tenían que llegar con todas sus fuerzas al día de la regata. El Gallego se llamaba Francisco Lourido, y el patrón de la trainera le empezó a llamar Pachi. La regata fue el primer domingo de septiembre, la mar estaba terrible fuera de puntas y los arrantales de Pasajes de San Pedro se portaron bien. Llegaron a la meta con la embarcación mediada de agua, pero llegaron. Se portaron bien, pero no como para ganar. Eso ya se lo figuraba Pachi, el Gallego, que se jugó hasta su último duro a favor de la tripulación amarilla de Orio, que tenía como proel nada menos que a Sarasúa.

—Una cosa es la afisión y otra cosa es el dinero —dijo.

Eran otros tiempos. Hubo pescador en Pasajes que vendió el colchón para apostar por la trainera del pueblo, y no entendieron la filosofía del Gallego. Una noche, en la taberna, le dieron una paliza, y él, que era hombre práctico y poco vengativo, se cogió a la mujer y al chico —entonces Planicio tenía dos años— y se fue a vivir a Fuenterrabía.

Después de la guerra civil fue cuando dejó la mar, que le iba muy mal para el lumbago, y se estableció como zapatero en el sobreático de la calle de Miracruz, 10-B, de San Sebastián. Su lumbago le iba muy mal para unas cosas; para otras, no. Por ejemplo, a espaldas de la casa estaba el frontón público

de Atocha, y cada tarde iba el Gallego a ver lo que se podía hacer, porque estaba visto que lo de zapatero era un asunto sin ningún interés. En cambio, jugar a la pelota a mano le iba muy bien para el lumbago, siempre, claro está, que hubiera apuesta interesante de por medio. Jugar por amor propio era cosa que hacían los vascos que según le explicaba el «botillero»⁽¹⁾, hombre erudito, era una raza europea pura, que descendía de Cro-Mag-non. Ése no era su caso, y por lo tanto sólo jugaba para ganar, viudo como estaba y con un hijo de trece años al que mantener, y con la condesa, que era la dueña de la casa de Miracruz, deseando echarle a la calle por alborotador. En general, a la vecindad le molestaba que Francisco, el zapatero, llamase a voces a su hijo desde el sobreático; pero a Francisca, la portera, le producía verdadero terror, porque luego la condesa le encomendaba:

—Por favor, Francisca, diga a ese señor que no grite así.

—Ya se lo he dicho, señora condesa, pero...

—Lo comprendo, lo comprendo, pero insista porque si no me verá obligada...

Era sabido que la condesa condescendía y no le ponía en la calle en atención a su difunta esposa, que de soltera fue doncella de la casa y de una laboriosidad ejemplar.

—Lo de doncella, puedo asegurarlo —decía el Gallego—. Lo de laboriosa según le diera.

Pero este tipo de comentarios sólo los hacía cuando había bebido un poco, que coincidía con alguna apuesta ganada.

La condesa vivía en el segundo piso, y rebasado el mismo se terminaba la escalera de mármol. Cuando Pachi y su hijo pasaban delante de la puerta, el padre, en señal de respeto, se quitaba la boina. Eso era cuando subían andando, cosa que ocurría con mucha frecuencia, ya que en el año cuarenta y uno la energía eléctrica funcionaba a ratos. En ocasiones, aun con fluido, Francisca, la portera, no los dejaba subir porque esperaba, de un momento a otro, la llegada de la señora condesa, y la idea de que ésta se encontrara ocupado el ascensor la aterraba. Por eso no tenía sentido que la vecindad se enfadara porque él llamara a su hijo, a voces, desde el sobreático, cuando tantas

(1) El «segundo» o ayudante en los juegos vascos, pero también el alquilador de pelotas en frontones públicos.

dificultades oficiales u oficiosas se le ponían para el uso del ascensor.

El piso tercero estaba desocupado y en el cuarto vivía una familia burguesa, sin relieve especial; a partir del segundo los ventanales de la escalera eran más estrechos, y los escalones de aglomerado de guijarros y cemento. El quinto ya era ático, remetido en fachada, con la escalera francamente estrecha, y lo ocupaba una costurera, que además tenía dos huéspedes. Un poco jamona pero de una edad adecuada y respecto de la que Pachi, en lo que al físico se refería, no tenía nada que objetar, y además le cogía muy a mano. Pero era precisamente la vecina que más distancia ponía para que quedase clara la notable diferencia entre un ático, al que por muy remetido que estuviera, llegaba el ascensor, y un sobreático, que socialmente hablando no existía.

En el ático de la modista se terminaba todo signo de civilización, y a partir de allí arrancaba una escalerilla de caracol por la que era necesario reptar hasta la azotea de las chimeneas, cuartos trasteros abandonados, uno de ellos convertido en vivienda del Gallego. Cuando hacía frío se notaba mucho en el casetón, y a la inversa cuando hacía calor, que en días de viento sur derretía el gálipot⁽²⁾ que servía de impermeabilizante de la cubierta del edificio. Cuando llovía entraba agua por el tejadillo, pero los muebles estaban colocados de modo que no se mojaran. Eran ingredientes que formaban parte de la vida, y en ese aspecto la condesa no podía tener queja del Gallego, que fue un inquilino que nunca pidió arreglos ni mejoras.

En las noches de verano, tibias, estrelladas, toda la azotea era para ellos dos solos. Eran tiempos silenciosos, sin ruido de coches, con el tintineo de los tranvías que pasaban por la calle de Miracruz, que sonaba bien, muy atenuado. Si el aire era muy calmo también oían los pitidos de los trenes de la Estación del Norte, que estaba en el Paseo de Francia. Planicio se tumbaba en el suelo mirando al cielo, y el padre se sentaba en un sillón

(2) Galipot: galicismo típico en San Sebastián: alquitrán.

desvincijado que perteneció al señor conde. El Gallego se fumaba un cigarrillo y decía:

–Que se jodan.

Se refería a los vecinos en general, y no con ganas de molestar, sino porque se encontraba bien, o por lo menos, porque suponía que se encontraba mejor que el resto de los estamentos a los que llegaba el ascensor. Eran momentos de intimidad familiar, en los que aprovechaba para dar consejos a su hijo, de trece años recién cumplidos.

–Rencor nunca, Planicio. Vista es lo que hay que tener. A mí me ha llegado Anchón y me dice: «Pachi, aquí este, que es de Logroño y quiere echar un partido con uno de su quinta. ¿Cuántos años tienes?» Yo ni le contesto. Luego me dice: «No irás a tener miedo de uno de Logroño.»

El padre se quedaba callado, meditabundo, y luego le preguntaba a Planicio:

–¿Qué te parece?

El chico no contestaba, porque allí no se trataba de dar pareceres, sino de aprender. Y sobre todo de estar con su padre, que había noches que no iba a dormir, y aunque ya le había explicado que eso era normal, él se sentía muy triste cuando ocurría.

Pachi le daba este tipo de consejos a su hijo, pero sin mucho convencimiento, porque desde pequeño notó en el chico algo raro, que se confirmó cuando el desafío de la vuelta a los puentes. El padre quería que su hijo se diera cuenta de ciertas cosas que la vida le enseñó a él, pero con tanto esfuerzo las aprendió, que ya de poco le servían. A saber:

–que trabajando nadie se hace rico;

–que apostar dinero no es una diversión sino un modo de vivir, y que, por tanto, el que sea de Logroño, o de Usurbil, el que desafiaba a uno, es indiferente, y lo que cuenta es como tiene las manos, que si son anchas, ligeramente cóncavas y con dedos amorcillados, es que el tío las da. ¿Por qué, entonces, aceptar un desafío si no le has visto jugar antes? Cosas de principiante;

–que siempre habrá ricos y pobres, ya lo dijo el mismo Jesucristo, y que, por tanto, si eres de los segundos procura llevar-

te bien con los primeros. Por ejemplo, él, siempre que llegaba al rellano del segundo piso, el de la condesa, se quitaba la boina en señal de respeto, aunque Francisca, la portera, dijera que lo hacía por burla. En todo caso, la burla iría por dentro, que por fuera ni Dios podía dudar de que era homenaje a la condesa;

—que a partir de los treinta años, nunca, fíjate bien, nunca aceptar un partido de pelota a mano, individual, porque el resuello no te va a aguantar, seguro. Siempre por parejas, y a ser posible de zaguero, que el delantero tiene que correr todo el ancho del frontón, y encima entrarle a la pelota al aire, de modo que si no la acunas bien te puedes desgastar la mano;

—y, sobre todo, no meterse en lo que no le llamaban a uno, que en el treinta y seis bien flamencos se pusieron en Trincherpe, diciendo que ésta es la nuestra, aliándose los gudarís con los de la Cofradía de pescadores y los de la UGT, para acabar de una vez para siempre con lo de los pobres y los ricos, y él, Pachi el Gallego, que sólo pescaba de «bajura» se fue de «altura» enrolándose en un bacaladero para Terranova, porque ya se figuraba que a la mujer y al chico no iba a pasarles nada, pero a él sí que podían ponerle con unos o con otros. Salió del Puerto de Pasajes con bandera republicana en el barco, y volvió con la roja y gualda. Total, todo cuestión de colores, y con unos o con otros iba a tener que trabajar, a poder ser lo menos posible, porque a él, las cosas claras, trabajar no le gustaba, que ya decía el cura que el trabajo maldición de Dios era;

—y, en cuanto a los curas, se les debía hacer caso, aunque no siempre, que a veces se pasaban, y Cristo habló de hermanos, pero no de primos. Privaciones, por supuesto que había que pasar, pero en lo relativo al estómago, las menos posibles. Se podía vivir en un sobreático, frío en invierno y caliente en verano, sin mejor acomodo que el viejo sillón desvencijado del difunto señor conde, y ésas eran privaciones razonables, pero siempre cuidando la «caldera». En el año que estuvo en Terranova se apartó cuanto pudo de las redes y acabó de cocinero, demostrando a toda la tripulación que el «marmitaco», a base de pescado, no tenía por qué cansar si se hacía con un poco de gracia, y aun de pimentón, a la gallega;

—y, por supuesto, estaba demostrado que lo de ser zapatero era un oficio sin interés, y si lo aceptó fue por complacer a su mujer, la Bea, que sólo pudo disfrutar un año de ser la esposa de un artesano y recibir, aunque con cuatro alturas de diferen-

cia, el efluvio que emanaba de la señora condesa, en cuya casa entró de doncella conservando esta condición, conforme aclaración expresa de Pachi, hasta que intervino él.

Salió de la casa con gran dolor de la condesa, porque nunca estuvo tan bien servida como en los siete años que la atendió Beatriz. Se casó con su consentimiento porque Pachi se supo presentar fino, enamorado y respetuoso. Tanto que la condesa dudó si tomar al matrimonio a su servicio, pero desistió porque a saber los hijos que podían tener jóvenes y amorosos como se los veía; además, era impensable que Jacinto, que ya había sido valet de chambre siendo soltero el conde, fuera a aceptar a otro hombre en la casa. Jacinto era un marica pacífico, excepcionalmente limpio, que entendía la casa de maravilla, y que hacía la manicura a las tres hijas de la condesa. Antes de la guerra acompañaba a los señores condes a Biarritz, cada día, al volante de un Hispano-Suiza que tenían, con carrocería amarilla, tejadillo negro y ruedas de «radios». La calle de Miracruz, en aquellos años, era de doble dirección, y el coche lo situaban en el centro de la calzada porque por los bordes pasaban los rieles del tranvía. Era el mejor adorno de la calle, y en ocasiones se agolpaban los curiosos para verlo. Por la noche lo guardaban en un garaje de la calle Tomás Gros, pero Jacinto no se fiaba de los lavados que le hacían, y siempre, antes de montar los condes, le daba un repaso exterior con un plumero de plumas de avestruz, auténtico. Se daba en el meneo un airecillo que los curiosos notaban, y le gastaban bromas que a Jacinto no le molestaban porque era andaluz y sabía replicar con gracejo. Aparte de que lo suyo no era tampoco cosa del otro mundo y ahí estaba el caso de Sócrates, que supo tomarse la cicuta como un hombre y sin embargo tenía su misma inclinación. Algunas veces en el barrio le llamaban Sócrates.

—Sócrates, que te has dejado un lunarcito de polvo en el guardabarros.

—Gracias, mi arma —replicaba el otro—. Te ponía yo este lunarcito en la nariz e ibas a estar precioso.

Si no fuera por el cariño que tenía a la casa condal, se hubiera establecido como peluquero de señoras, pero en francés: coiffeur. Los coiffeurs franceses de Biarritz y St. Jean de Lux (nunca decía San Juan de Luz), que habían superado la bata blanca con botones centrales, de enfermero de cuartel, sustituyéndola por modelos multicolores, de cuello alto, a la rusa,

manga corta, el brazo airoso, e, incluso, canesú a la altura de los omoplatos (¿por qué el canesú tenía que ser aderezo privativo de la mujer?), le parecía que vivían la vida con otra dimensión distinta, muy diferente de la de sus colegas españoles, que se limitaba a hacer la «permanente» por procedimientos mecánicos. De todos modos, la vida en casa de los condes también tenía su intensidad, sobre todo después de la muerte del señor, en que su condición de hombre –aun con malformaciones hormonales– cobró especial relevancia consiguiendo la administración doméstica, de modo que le permitía robar como un tigre no por codicia sino porque la vejez de un hombre de su condición tenía que ser necesariamente triste, y las penas con pan saben menos.

Jacinto era un hombre de inteligencia natural y sabía apreciar las dotes del Gallego, pero al mismo tiempo le daba miedo, porque era hombre de humor cambiante que a veces le decía, en público, cosas atroces. A su hijo Planicio le advertía:

–Tú a ése ni acercarte.

Eso le dolía mucho a Jacinto, que nunca abusó de ningún muchacho, y menos del que tuvo por madre a Beatriz, doncella de la condesa durante siete años, primorosa como ella sola.

–Mira –le insistía Pachi–, a mí me parece muy bien que le robes a la condesa, porque haciéndolo con decencia y discreción no hay nada malo en ello, y yo haría lo mismo. Pero al chico no te acerques.

Jacinto callaba –qué remedio–, no le guardaba mayor rencor y procuraba asistir a los partidos de pelota que en el frontón público de Atocha jugaba, cada tarde, el Gallego. Apostaba con grandísimas precauciones, prefiriendo ganar poco, pero seguro, y sólo teniendo debilidades cuando el que jugaba era el Gallego.

–Pachi, fíjate que me juego los duros a tu favor. A ver qué haces.

Francisco ni le contestaba porque antes de los partidos su única preocupación era elegir del cajón de «botillero» el tipo de pelota que mejor le iba –que eran las de toque vivo, porque las motelas, de bote lento, obligaban a doblar mucho los riñones, y en esos momentos pensaba que quizá fuera verdad que alguna vez tuvo lumbago– y, también, conseguir alguna venta-

jilla de los contrarios. En el frontón de Atocha hubo en aquellos años gran calidad de juego, y en tiempo de verano, cuando los días eran largos, se sucedían los partidos hasta que la oscuridad impedía ver la pelota. Había jugadores que habían sido profesionales, otros que querían serlo, o, simplemente, muchos de los pueblos que desde que tenían uso de razón andaban con la pelota en la mano. Los partidos no eran corrientes, sino combinaciones raras para que las apuestas tuvieran más interés. O más pasión.

–Yo a ti te juego con la izquierda, y además sacando desde el «tres».

El desafiado, y además ofendido porque la cosa no era para menos, decía con rabia:

–Veinte duros.

Veinte duros podía ser el jornal de una semana, y había que matizar.

–Pero sacando con la derecha –puntuallizaba el desafiante.

–Tú has dicho con la izquierda.

–He dicho que te jugaba con la izquierda, pero no que tuviera que hacer también el saque con la zoca.

Se hacía un silencio. Pachi, el baranda –treinta y seis años–, miraba a uno y a otro, estudiando qué partido le interesaba que se organizase para apostar.

–Puedes, hombre, puedes –le animaban al desafiado.

Estas escenas sobrecogían a Planicio. Silencios medidos en duros. Conforme: sacaba con la derecha, pero en tal caso el saque tenía que ser del cuadro número cuatro y la apuesta sólo de quince duros. El otro condescendía con una sonrisita de superioridad como para que el desafiado le partiera el alma, cosa que a veces ocurría.

–De acuerdo. Mañana a las siete.

Si los contendientes eran jóvenes, pedían consejo al Gallego.

–Juégale al ancho y con pelota viva –le decía a uno. Y al otro–: Juégale al choco⁽³⁾ y con pelota motela.

(3) Choco: pared izquierda del frontón.

Jacinto se acercaba a Pachi a preguntarle por quién tenía que apostar. Jacinto no se quitaba, ni los domingos, el chaleco de fondo verde con rayas amarillas, que era el mismo que usaban los «característicos» en las funciones de teatro cuando tenían que hacer de sirvientes. Todos los contertulios del frontón sabían que era el criado de la condesa, pero en Atocha lo parecía de Pachi.

—¿Habéis visto Pachi que fino? Criado y todo se trae.

Jacinto era gordezuelo, calvo, de mediana edad —alrededor de cincuenta años— y respondía:

—Eso y más se merece don Francisco.

Y le daba un golpe en la espalda al Gallego.

—No me toques, rico —respondía el otro—, que éstos en seguida piensan mal.

Pachi parecía más joven que sus años, y aunque fuera gallego, el tipo y los hablares los tenía de vasco. Iba siempre con camisa corriente de llevar corbata, aunque él nunca la usó. Las mangas dobladas hasta la mitad del antebrazo del mismo grosor el izquierdo que el derecho, de modo que golpeaba con igual facilidad a la pelota con una mano que con otra. Era ancho de hombros y muy aplomado en el andar. Pese a su afición a la sidra no tenía demasiada barriga, porque la evacuaba muy bien. Era también bastante calvo, pero difícil notárselo porque la boina sólo se la quitaba cuando pasaba delante de la puerta de la señora condesa. La cabeza le parecía un órgano delicadísimo que había que proteger de casi todo y principalmente del sol. Cuando jugaba un partido se encasquetaba la chapela de modo que no pudiera caerse con las carreras y sólo si hacía mucho calor, en el descanso entre tanto y tanto, se la levantaba un poco cogiéndola con dos dedos por el centro, para que corriese el aire sobre el cuero cabelludo.

Sabedor de que no era vasco, aunque viviera en aquella tierra desde 1909, procuraba mantener las distancias. Si ganaba no empezaba con las fanfarronadas típicas de los jebos, y si perdía hacía como que no le importaba, diciéndole cosas insólitas al vencedor.

–Eres mucho jugador para mí, ladrón. Tienes una zoca que ni Dios.

Generalmente picaban. En los otros partidos, los perdedores podían estar durante horas explicando por qué perdieron y no debieron perder. Porque el delantero entró al aire una pelota que no debió, y la entregó de mala manera; porque la pelota tocó la chapa aunque los otros juraran por la Virgen que no; porque en el tercer tanto se torció el pie, y así no podía hacer nada; porque debieron parar el partido cuando empezó a llover... Luego, en la taberna, seguían dando explicaciones de por qué no debieron perder. Por eso picaban, generalmente, cuando el Gallego les decía que eran mucho jugador para él. Además él ya estaba viejo y con vicio para jugar a la pelota.

–De todos modos, me gustaría repetir el partido.

–Cuando quieras, hombre.

–Pero alguna ventajilla ya me darás, ¿no?

Y empezaba su regateo. ¿Tres tantos para once? O ¿sacar sólo con la izquierda? (que casi la tenía mejor que la derecha). O desde el cuadro tal, o cuál, etc... etc...

Era una manera difícil de ganarse la vida, pero qué remedio porque de zapatero imposible. Un oficio que no le daba más que disgustos y que admitió por dar satisfacción a su mujer, aunque la pobre no pudo disfrutarlo, porque al año justo de ir a vivir a Miracruz, murió. Aceptó lo de zapatero no porque conociera el oficio ni nunca lo hubiera practicado, sino porque manejaba muy bien la lezna para arreglar las pelotas de cuero. También, cuando se dedicaba a la mar, era muy diestro en el arreglo y remiendo de redes. Por otra parte pensó que era un oficio que se practicaba sentado, y eso no mataba a nadie. Ya en vida de la Bea empezaron los líos y las quejas de los vecinos, que decían que los cosidos que hacía al calzado eran muy ordinarios y se notaban mucho.

–¿Y eso qué tiene de malo? –se extrañaba Pachi, el zapatero.

Si te ha gustado la muestra puedes adquirir este libro de José Luis Olaizola pulsando en el enlace que sigue:

<https://bibliotecaonline.net/libreria/Planicio-p104633297>